



**Raquel Abend van Dalen**

University of Houston  
raquelavd@gmail.com

## ***Mene y Guachimanes: una lectura desde la escritura geológica***

### ***Mene and Guachimanes: Toward a Geological Reading***

#### **Resumen**

Este artículo propone una revisión de las novelas petroleras venezolanas *Mene* y *Guachimanes* desde el marco teórico de la escritura geológica. Mientras que la crítica literaria se ha concentrado en resaltar aspectos antropocéntricos de estas novelas, un análisis geológico considera otros factores (agencia no-humana, materialidad de los cuerpos, procesos de acumulación) dentro de sus narrativas. Yo argumento que leerlas desde esta perspectiva materialista permite resaltar elementos narrativos significativos en la escritura del petróleo que otros modelos de lectura no han tratado adecuadamente, propiciando una devaluación literaria de estas petroficciones.

#### **Palabras claves**

*literatura venezolana, novela, petroficción, escritura geológica, petróleo.*

#### **Abstract**

This article proposes a new reading of Venezuelan oil novels *Mene* and *Guachimanes* from the theoretical framework of geological writing. While literary criticism has focused on anthropocentric aspects of these novels, a geological analysis considers other factors within their narratives (non-human agency, materiality of bodies, and accumulation processes). I argue that reading these novels from this materialist perspective enables us to highlight substantial narrative elements in oil fiction that other readings have not adequately addressed, which has led to the literary devaluation of these petrofictions.

#### **Keywords**

*Venezuelan literature, novels, petrofiction, geological writing, oil.*

*El petróleo permanece en las profundidades tenebrosas.  
 Aceite de la tierra.  
 Aceite de huesos animales que se diluyeron  
 en la fuerza de los tiempos.  
 Milagros Mata Gil*

“El petróleo... El petróleo envenena a la gente. El más sano se vuelve una fiera. Debe ser el olor” (Díaz Sánchez 105). Afirmaciones como esta se inscriben dentro de las dos primeras novelas venezolanas cuyo motivo central es el petróleo. El hidrocarburo se representa en ellas como un agente que produce cambios y afecta a todos aquellos que se aproximan a él.

Me refiero a *Mene* (1936) de Ramón Díaz Sánchez y *Guachimanes* (1954) de Gabriel Bracho Montiel,<sup>1</sup> historias donde el petróleo lleva a los personajes humanos a matar o a suicidarse, a alabarlos o a temerlos. También donde el paisaje rural, vivo y cambiante, sufre una transformación radical para convertirse en un escenario urbano y “moderno” como consecuencia del inicio de una economía capitalista en el país, organizada alrededor de la acumulación sin límites, sin importar los costos sociales y ecológicos.

La idea de la modernidad venezolana es desafiada por Díaz Sánchez y Bracho Montiel al cuestionar en sus narrativas qué implica materialmente una nación transformada por la industria petrolera a principios del siglo XX. Como apunta Luis Ricardo Dávila, “el país dejó de ser rural para convertirse en urbano, dejó de ser agrícola para convertirse en minero-exportador, dejó de exportar productos de la tierra para importar los bienes de la modernidad capitalista [...] Y todo esto ocurrió en el tiempo histórico de un chasquido de dedos” (*Modernidad, nación y petróleo* 127). Fue el petróleo lo que reflejó el espíritu de modernidad en el país, pero su llegada no fue progresiva ni armónica sino violenta y abrupta, por un accidente de la naturaleza: la existencia del hidrocarburo en el subsuelo nacional.

<sup>1</sup> Mene, originalmente *mena*, es la denominación que utilizaron los pueblos indígenas guajiros del Lago de Maracaibo para referirse al petróleo. Guachimanes es el nombre de los vigilantes de los campos petroleros que, en la jerga anglo-petrolera, se llamaban *watchmen*.

Venezuela es conocida internacionalmente por ser un país petrolero, pero su literatura del petróleo o petroficción<sup>2</sup> es desconocida. Por un lado, la misma crítica literaria venezolana afirma la inexistencia de un corpus novelístico petrolero. Desde la publicación de *La novela del petróleo* (1972) donde Gustavo Carrera Damas asegura en la primera línea que el libro versa sobre una novela que no existe hasta artículos recientes en el 2020,<sup>3</sup> hay una tendencia a sentenciar un vacío en la literatura nacional por la ausencia del petróleo como tema. Por otro lado, las pocas novelas petroleras venezolanas son descartadas por obsoletas y provinciales, generalmente categorizadas por la crítica literaria nacional como ejemplos de las narrativas regionalistas y costumbristas.<sup>4</sup>

Este artículo plantea una revisión de *Mene y Guachimanes* desde el marco teórico de la escritura geológica, propuesto por la escritora mexicana Cristina Rivera Garza en el volumen *Escrituras geológicas*.<sup>5</sup> Mientras que ambas novelas han sido analizadas desde una perspectiva antropocéntrica, un análisis geológico consideraría los factores posthumanos y materialistas dentro de las narrativas. Se tomaría en cuenta desde la agencia de lo mineral y vegetal sobre lo humano, hasta la materialidad del territorio rural y los procesos de acumulación detrás de los cambios en el paisaje.

Lejos de representar al hidrocarburo como un concepto abstracto, algo usual en el discurso del petro-estado que fomenta la sensación de que el petróleo es mágico al surgir de la nada en forma de riqueza, estas novelas son iniciadoras de un lenguaje literario materialista en Venezuela. Un lenguaje que es consciente de los agentes no-humanos (herramientas, maquinarias) y los agentes humanos (la

<sup>2</sup> Al escritor Amitav Ghosh se le atribuye el mérito de haber sido el primero en utilizar el término "petroficción" para referirse a la novela *Ciudades de sal* del escritor árabe Abdelrahman Munif.

<sup>3</sup> Por ejemplo, en el portal académico *ProDavinci* y en el *Papel Literario* del periódico *El Nacional*.

<sup>4</sup> En el siglo XX se publicó en Venezuela una sola novela del petróleo escrita por una mujer: *Memorias de una antigua primavera* por Milagros Mata Gil (1989), libro ganador de la Bienal Miguel Otero Silva. Queda abierta la pregunta por la representación de la mujer en la petroficción venezolana.

<sup>5</sup> El libro *Escrituras geológicas* será publicado en España por la editorial Iberoamericana-Vervuert en otoño del 2022. Durante la escritura de este artículo consulté el manuscrito inédito, proveído por la autora.

explotación de labor humana) detrás de la transformación del paisaje impulsada por la industria petrolera.

El enfoque de la escritura geológica se suma a una discusión literaria contemporánea influida por corrientes filosóficas que apuestan por un “giro materialista”. Es decir, por estudios que truecan la mirada antropocéntrica que prevaleció en el siglo XX por una mirada renovada en el siglo XXI sobre las agencias no-humanas y sobre los procesos de sedimentación que caracterizan la acumulación capitalista.

En este análisis que busca explorar el modelo de un análisis geológico tendré en cuenta las propuestas de teóricos contemporáneos como Sergio Villalobos-Ruminott y Jane Bennett por sus perspectivas éticas, estéticas y políticas ligadas a temas que descentran lo humano y ponen su atención en materiales tanto orgánicos como inorgánicos. Yo argumento que hacer uso de estas propuestas para releer novelas publicadas a inicios del siglo XX les daría mayor vigencia en la actualidad.

Específicamente, considero que leerlas desde esta perspectiva materialista permite resaltar elementos narrativos en la escritura del petróleo que otros modelos de lectura no tratan adecuadamente y que llevaron a descalificarlas, literariamente hablando. Mi propósito es presentar un análisis geológico de *Mene* y *Guachimanes* que las muestre como modelos *avant la lettre* de una literatura geológica nacional.

### Los peligros materiales de la escritura

Ramón Díaz Sánchez y Gabriel Bracho Montiel estaban al tanto de lo que ocurría en el estado Zulia<sup>6</sup> en los años treinta del siglo XX. Sus novelas *Mene* y *Guachimanes*, respectivamente, son obras que nacen de la necesidad de registrar el comienzo de la explotación petrolera en la costa zuliana y lo que esta industria

---

<sup>6</sup> El Zulia es un estado noroccidental en Venezuela, en cuyo territorio se encuentra el Lago de Maracaibo, rico en yacimientos de petróleo.

significó en términos materiales, tanto para los habitantes de estas tierras como para el territorio mismo.

En 1914 la Shell descubrió en el estado Zulia el primer gran campo petrolero nacional<sup>7</sup>, colocando al país dentro del mapa económico mundial. Sin embargo, la Primera Guerra Mundial ocasionó la suspensión de las perforaciones hasta 1919, lo que provocó desesperación en el régimen del general Juan Vicente Gómez al haber consciencia de la abundancia petrolera frenada en el país. Cuando finalizó la guerra, la impaciencia se transformó en una euforia desenfrenada, “en una verdadera fiebre petrolera” (Arráiz Lucca 83), llevando a Venezuela a ser en 1928 el segundo productor de crudo del mundo, después de Estados Unidos.

El petróleo sirvió de fundador de una nueva identidad nacional durante las tres primeras décadas del siglo XX. Para los años treinta ya Venezuela era formalmente una nación, pero la venezolanidad era un concepto que, hasta entonces, pocos entendían y sentían. "Lo que unificaba al venezolano era lo que lo dividía, y la gente se afiliaba a regiones, a causas políticas, a labores, a clases sociales, bandos políticos o montoneras caudillistas" (Dávila, *El imaginario petrolero* 364). Lo que distinguió esta época fue que una sociedad heterogénea se constituyó a partir de un proyecto sociopolítico moderno nutrido por el petróleo.

*Mene* se publicó en Venezuela en 1936, un año después de que Díaz Sánchez la terminara de escribir y que fuera galardonada con el premio del Ateneo de Caracas. Aunque sus novelas de temática petrolera lo incorporaron como autor al canon de los narradores venezolanos, su obra no siempre contó con la benevolencia de los críticos literarios. Carrera Damas señala en *La novela del petróleo* que *Mene* fue descartada inicialmente por haber sido escrita por un periodista (32). Igualmente, el historiador Manuel Caballero sostiene que la descalificaban por su proximidad con el género del reportaje (172). Para ese entonces, Díaz Sánchez había colaborado con los periódicos *La información*,

---

<sup>7</sup> Este campo se llamó Mene Grande y el pozo donde comenzó a emanar crudo se llamó Zumaque I.

*Excelsior* y *La Hora Literaria*, y había trabajado en una compañía petrolera de Cabimas, ciudad donde se desempeñó posteriormente como juez municipal y donde transcurre parte de su novela.<sup>8</sup> Los prejuicios de la crítica fueron tantos que, según Carrera Damas, el autor terminó por referirse a su propio libro como uno de segundo orden.

En la solapa de la tercera edición de *Mene*, su autor aclara: “Es un libro de juventud en el que no escasean las incorrecciones formales. Su mérito consiste en su carácter documental y en la sinceridad con la que fue escrito, en una época en la que trabajos de esta índole estaban rodeados de peligros materiales en nuestro país”.<sup>9</sup> Esta justificación de Díaz Sánchez no debe pasar desapercibida, pues nos recuerda que la escritura es un proceso vivo que es afectado por el contexto en que se produce.

Por eso es fundamental hacernos la misma pregunta que se hizo Cristina Rivera Garza en *Los muertos indóciles* (2019): “¿Qué tipo de retos enfrenta el ejercicio de la escritura en un medio donde la precariedad del trabajo y la muerte horripalada constituyen la materia de todos los días?” (16). Es necesario mencionar que tanto Díaz Sánchez como Bracho Montiel fueron apresados por dos años en el Castillo de San Carlos en 1928, por oponerse a la dictadura militar del general Juan Vicente Gómez –un gobierno dictatorial que culminó con su muerte después de haber permanecido en el poder por 28 años.<sup>10</sup>

Para ambos autores el ejercicio de la escritura no estaba desligado del ejercicio político de la denuncia. Durante tres años formaron parte del grupo vanguardista “Seremos”, constituido en Maracaibo en 1925, cuyo activismo

---

<sup>8</sup> La formación autodidacta de Díaz Sánchez se debió a las dificultades económicas de su familia. Mientras trabajó para boletines periodísticos en Puerto Cabello, ciudad donde nació, también se desempeñó como ayudante en un taller mecánico y pintando carteles de cine. Para más información sobre su biografía, al igual que la de Bracho Montiel, se puede visitar el Diccionario de la Fundación Polar <https://bibliofep.fundacionempresaspoler.org/>

<sup>9</sup> Esta edición fue publicada por la Editorial Ávila Gráfica en 1950.

<sup>10</sup> El castillo se construyó en el siglo XVII en la barra del Lago de Maracaibo para proteger el paso que había hacia el Golfo de Venezuela. El dictador Cipriano Castro fue quien transformó la fortaleza en una prisión para sus adversarios políticos y Juan Vicente Gómez continuó usándola de la misma forma.

político y literario era abiertamente antigomecista. Junto a otros escritores, Díaz Sánchez fundó la revista con el mismo nombre del grupo, a la cual posteriormente Bracho Montiel se unió como colaborador. Los “seremistas” –como se llamaban a sí mismos– no solo publicaron textos en contra del régimen, sino que apostaron por una literatura experimental y radical que desafió los estándares convencionales de la época.<sup>11</sup> En 1928 inició un grupo similar en Caracas denominado la “Generación del 28” y los estudiantes de la Universidad Central de Venezuela también se enfrentaron al régimen de Gómez, destacándose entre ellos Miguel Otero Silva, otro narrador del petróleo.

Según el Diccionario General del Zulia, el escritor Héctor Cuenca indicó que la función más importante del grupo “Seremos” fue “[quebrar] la costra de siglos que ahogaba nuestra producción intelectual” (490). Se trata de apuntar que en 1928 culminó un ciclo novelístico que había iniciado en 1890 con *Peonia* de Manuel Vicente Romero García, poniendo fin a la novela criollista tradicional “con toda su carga folklórica de lenguaje simplemente pintoresco y de psicologismo naturalista o estilizante” (Requena 39). Así comenzó una nueva forma de narrar que registró el gomecismo y la transformación de la Venezuela agrícola en un país petrolero.<sup>12</sup>

La continuidad del activismo político de Bracho Montiel después del Gomecismo conllevó a dos exilios que terminaron por influir en la marginación de su novela. Durante el gobierno de Eleazar López Contreras fue exiliado en 1937 a México y a Colombia, por haber sido cofundador del Bloque Nacional Democrático (BND). Después de su regreso al país, se hizo militante del Partido Comunista de Venezuela y fue expulsado nuevamente en 1954 durante el gobierno del general

<sup>11</sup> El grupo estuvo conformado por más de treinta integrantes, todos ellos hombres. La ausencia de mujeres, o su participación minoritaria, fue una característica común con otros grupos literarios venezolanos del siglo XX, como El Techo de la Ballena, Tráfico y Guaire.

<sup>12</sup> La fecha exacta del inicio de la novela criollista en Venezuela ha sido debatida por varios críticos y escritores durante el siglo XX, entre ellos Mariano Picón Salas y Arturo Úslar Pietri. Este debate lo desarrolla Rafael Di Prisco en el libro *Acerca de los orígenes de la novela venezolana*.

Marcos Pérez Jiménez. Durante este segundo exilio publicó *Guachimanes* en 1954 en Santiago de Chile, ciudad donde permaneció hasta 1958.

Haber publicado la novela en el exterior, dieciocho años después de haberla escrito, jugó en su contra. Por un lado, la explotación petrolera en el Zulia ya no estaba en sus inicios y la realidad había cambiado ampliamente (en vez de producir el impacto de *Mene*, que evidenciaba el pasado inmediato de cuando fue publicada, esta ya se había convertido en un documento de época). Por el otro, *Guachimanes* estuvo marginada del mercado editorial venezolano por más de cincuenta años, pues no fue sino hasta el 2008 que se editó por primera vez en Venezuela gracias a las gestiones del nieto del autor.

Escribir era una labor arriesgada y rodeada de peligros materiales para los periodistas y narradores que se propusieron documentar el inicio de la explotación petrolera bajo un régimen dictatorial. Es posible que tanto el contexto sociopolítico como el apremio de estos autores seremistas por desafiar el canon literario venezolano y apostar por escrituras más experimentales, se tradujeran en la construcción de novelas donde el territorio tiene tanta relevancia como los personajes que habitan en él. Donde, a su vez, hay una precisión en el lenguaje que revela los sacrificios vegetales, tecnológicos y humanos detrás de la transformación de ese territorio, y donde el petróleo es el personaje más importante.

A pesar de que estos libros se publicaron en países distintos y con dieciocho años de por medio, aunque Díaz Sánchez se estuviera desempeñando como juez municipal en Cabimas durante la escritura de *Mene* y Bracho Montiel estuviera encarcelado en Caracas cuando escribía *Guachimanes*, aunque el primero tenga más de una decena de ediciones y el segundo apenas un par, aunque *Mene* pueda ser considerada actualmente una novela canónica y *Guachimanes* siga escondida en los márgenes de la literatura venezolana, este artículo invita a que estos textos sean leídos en sintonía, como posibles protoescrituras de lo que consideramos actualmente una escritura geológica.



## La agencia del petróleo en *Mene*

Ricardo Piglia propone en *La forma inicial* que podemos pensar la historia de la narración como la historia de la subjetividad, “como la historia de la construcción de un sujeto que se piensa a sí mismo a partir de un relato” (50). En el caso de *Mene* podemos pensarla como una novela iniciadora de un lenguaje subjetivo del petróleo, que construye la identidad de este personaje no-humano a partir de su agencia en el relato.

La vitalidad en los organismos no-humanos, señala la teórica Jane Bennett, es la capacidad que tienen las cosas –vegetales, minerales, animales– de actuar por sí mismas como agentes con propensiones (8). Si tomamos la idea de Piglia y giramos su visión antropocéntrica de la narración hacia una mirada geológica, podemos entender la literatura del petróleo como una herramienta para acercarnos a la vitalidad de otras agencias, además de las humanas, que también construyeron la subjetividad venezolana de los años treinta.

Los personajes humanos de *Mene* están conscientes de la potencia del petróleo desde el inicio de la novela. Así lo demuestra el empresario Joseíto cuando al final del segundo capítulo le indica a su enamorada señalando el Lago de Maracaibo: “¿Ves, Marta, todo eso? [...] ¿Ves esta tranquilidad, este silencio? Bueno, todo esto va a cambiar” (21). Para Joseíto la promesa de cambio y riqueza nace a partir de la aparición del crudo en Cabimas. El territorio agrario es sacudido con los sonidos de las maquinarias, de la construcción de carreteras, de la llegada de buques y del vaivén de los balancines mientras extraen el crudo.

Con esta novela, Díaz Sánchez inicia un estilo narrativo donde resalta la agencia del petróleo. Por un lado, el autor destaca en sus descripciones los cuerpos tecnológicos, vegetales, minerales y animales que, al que igual que los humanos, también conforman el mundo petrolero alrededor del Lago de Maracaibo: "Los tractores, las aplanadoras, las hoces no solo servían para arrasar el monte; también para nivelar la tierra" (43). Por el otro, la descripción detallada y recurrente de estos cuerpos no-humanos permite que la atención del lector no solo esté centrada en los

personajes humanos sino también en otro tipo de consciencias: "Por encima del encaje inmóvil de la maleza de desperezan las serpientes grises del humo de las carboneras" (41).

*Mene* lleva al lector a descubrir el inicio del mundo petrolero del Zulia desde las percepciones de un territorio palpitante y de una maquinaria portentosa. Es posible pasar varias páginas seguidas sin cruzarnos con personajes humanos. Más bien el punto de vista narrativo proviene de "los taladros [que] les nacieron ojos (...). Ojos verdes y encarnados que perforaban la negrura del cielo nocturno" (45). También de un territorio que no existe como elemento ornamental o como un ambiente escogido por el escritor para el desenvolvimiento de los personajes. Aquí el territorio es un cuerpo tan complejo y sufriente como el de los obreros: "*Gime* el monte bajo el filo de los machetes y las hachas, y las hojas caen en una lluvia rumorosa (...) el sol *araña la piel* (...) la tierra *forma costras*" (54-56).<sup>13</sup>

Cuando reaparece una persona descubrimos que es comparada con otras agencias: "Todos los hombres tienen un acento subjetivo que recuerda a un animal o una planta. Así Casiano recordaba el búho y Casildo Pérez al cordero" (75). Incluso, los humanos son ubicados en la misma línea jerárquica que los animales y sus cuerpos pasan a ser un suelo en sí mismo, también habitados e intervenidos por la vitalidad de otras agencias escogidas por Díaz Sánchez.: "Algún obrero se agacha vivamente para rascar sus desnudos pies, donde alguna hormiga roja ha clavado su agujijón" (54). Las hormigas, como los obreros petroleros, trabajan colectivamente y forman parte de colonias organizadas que pueden ocupar grandes territorios. Aquí la hormiga representa lo que Darwin llama una "agencia pequeña" que, en palabras de Jane Bennett, puede lograr que cosas extraordinarias ocurran cuando forman una alianza adecuada con otros cuerpos orgánicos (94).

Ya Carrera Damas había señalado que *Mene* se articula de tal forma que pareciera que los personajes están creados como un complemento de la ambientación. "Más que de personajes individuales", sugiere, "habría que hablar

<sup>13</sup> Los énfasis en itálicas de este párrafo los añado yo.

de un gran personaje colectivo: el petróleo” (33). Sin embargo, el hecho de que Díaz Sánchez le diera tanto protagonismo a un personaje no-humano, provocó que la crítica la leyera como una novela de un drama colectivo sin un personaje principal. En su libro *Narrativa venezolana contemporánea* (1972), Orlando Araujo señala que Díaz Sánchez “es un maestro en el manejo de los conjuntos humanos” (119), destacando que es un novelista de tramas colectivas, pero ignora que también es un maestro en el manejo de los conjuntos de otras especies: “Los chóferes de los camiones hacen rugir sus cornetas, coreando el aullido de los monitores del lago, el gruñido de los motores, el redoblar de los martillos de aire comprimido” (52). Aquello que Araujo critica peyorativamente como una falla estructural y una adjetivación exuberante atada a la retórica del modernismo, puede leerse desde otra perspectiva como el manejo de la materialidad del lenguaje que nos permite tener como lectores una aproximación posthumana hacia el petróleo.

La masa desarticulada de personajes humanos –que aparecen y desaparecen– en realidad permite que resalte la manipulación de esa fuerza incontrolable que es el mene sobre las personas (Persico 15). No es extraño que algo similar ocurra en *Guachimanes*, como explico posteriormente en este artículo, donde no hay un narrador distinguible. El uso de un narrador colectivo también ha sido utilizado en otras petroficciones del siglo XX. *En Ciudades de sal* (1984) del escritor saudí Abdelrahman Munif, el narrador colectivo permite que otros organismos también hablen desde sus propias perspectivas no-humanas, generando lo que la académica Amy Riddle destaca como una “voz ecológica” o lo que Cristina Rivera Garza designa como una “voz geológica”. Estas narraciones prevalecen la relación que se establece entre los organismos humanos y no-humanos y sus entornos: “La narrativa se teje al entrar y salir de personajes independientes, plantas, y animales, acentuando las relaciones sociales y ecológicas y los destinos comunes entre ambas” (Riddle 10).

Díaz Sánchez lleva a cuestionarnos como lectores desde dónde estamos viendo el campo petrolero, desafiando el tradicional punto de vista antropocéntrico. En *Mene* no son solo los humanos quienes ven el petróleo, sino que el petróleo

también les devuelve la mirada, una tan poderosa que les hace perder el control hasta sobrepasar los límites de la violencia: “El petróleo envenena a la gente. El más sano se vuelve una fiera. Debe ser el olor. Ya ven esa muchacha (...) Hacía un mes, unos corianos habían acribillado a un margariteño (...) Poco antes otro había asesinado a su querida” (105). En la novela la locura colectiva se activa como consecuencia del contacto sensorial con el petróleo.

Ya en un ensayo de 1986, Alan Persico había advertido que los agentes inanimados son los que están en control en *Mene*, alterando el sistema de percepción antropocéntrico que reinó en el siglo XX: “Era inútil [el] heroísmo [de los hombres]. El fuego cobraba sin regateos [...] Dejaba un panorama plano de cenizas, tizones encendidos, planchas de hierro retorcidas [...] El viento de la madrugada doblaba [las balsas del lago] sin matarlas; las hacía navegar a la deriva, las hacía gruñir” (131). Tal novedad en la manera de presentar a los distintos agentes dentro del relato presentó un desafío para los lectores que terminaron por descalificar a la novela como caótica, desorganizada y estéticamente poco atractiva (16).

La celebración por el antropocentrismo en la literatura venezolana tuvo auge en los años setenta, cuando críticos como Armando Navarro hablaron de una “depuración” del carácter costumbrista y regionalista en la nueva novela. Refiriéndose a una narrativa donde ya los personajes no son presentados “como una entidad dominada por el medio geográfico” (13) sino como seres humanos que experimentan la alienación por la ciudad, la soledad y la necesidad de introspección. Según Navarro, el ensimismamiento y la atención central en el ego humano crearon la necesidad de recurrir a la narrativa experimental, una que quiebra las estructuras lineales y utiliza la “superposición de planos móviles en el tiempo y el espacio” (15), como ocurre con los *Aguafuertes* de Bracho Montiel. Sin embargo, ni *Mene* ni *Guachimanes* fueron releídas en este contexto como las novelas experimentales que son. Posiblemente porque sus estructuras no pretendían necesariamente ser el instrumento metodológico a partir del cual el lector podía introducirse en la consciencia de los personajes humanos.



La estructura de *Mene* pone en evidencia el poder de los cuerpos vegetales y humanos para verse afectados por sus respectivas materialidades. Hay capas de aceite, espesas y rugosas, que envenenan. El paisaje transmuta, respira, revela una fantástica metamorfosis. El monte produce melancolía y el agua felicidad. La sangre humana se mueve afuera del cuerpo y excede los pisos y las paredes de las casas hasta coagularse. Las llamas del fuego son fieras que se mueven como látigos. Las plantas de los pies presienten el húmedo contacto de la tierra fangosa. Los jazmineros florecen de las tumbas de los muertos para emborrachar la atmósfera de los cementerios. Estas descripciones nos llevan como lectores a sentir que los personajes humanos son más afectados por otras agencias que por aquellas de su misma especie.

Finalmente las mismas razones que hicieron que fuera criticada de forma despectiva son las que actualmente nos permiten leerla como una propuesta *avant la lettre* de una literatura geológica en el siglo XXI. Esto demuestra lo que Persico intuía en los años ochenta cuando escribió que Díaz Sánchez mostró una mirada revolucionaria en esta novela. Especialmente porque fue capaz de retratar el cambio y el conflicto, no solo a partir de las historias narradas sino de sus técnicas de escritura (16). Estrategias que resaltan la versatilidad experimental y la agencia no-humana en el lenguaje narrativo, opuestos al estilo periodístico y al lenguaje directo utilizados por el autor en los diarios.

### **El cadáver como rastro geológico en *Guachimanes***

El 16 de diciembre de 1922 inició un momento importante para Venezuela. En Cabimas, a orillas del Lago de Maracaibo, emanó con violencia un flujo incontrolado de crudo del pozo *Los Barrosos N°2*. El experto petrolero Aníbal Martínez estimó que durante los diez días del reventón brotó un aproximado de 150.000 metros cúbicos de petróleo. Una cifra que representó la décima parte de todo lo que hasta el momento había producido Venezuela en casi una década. Después de este hecho, en 1923 se creó la empresa privada Compañía Venezolana

de Petróleo a la que se le adjudicó la mayor parte de los territorios en concesión y que, por lo tanto, quedó a cargo de la relación con las empresas petroleras internacionales (Arráiz Lucca 104).

Uno de los personajes de *Guachimanes* –el primero en aparecer– pide ser llevado a *Los Barrosos N°2* al comienzo del libro. Casi una década después del importante estallido, este narrador humano y anónimo llega por primera vez a un pueblo petrolero y pide ser llevado al pozo de crudo: “Un camino nuevo presumo encontrar y debo esculcar dificultosamente el viejo y tétrico camino de ayer, porque la renovación debe haber borrado hasta sus huellas” (7). Estas líneas demuestran consciencia de la necesidad de “esculcar” desde el presente hacia el ayer. Lo que, tratándose de una realidad que cambió a partir de la transformación del suelo, es igual a des-sedimentar en búsqueda del rastro de un país ahora irreconocible para el personaje.

El extrañamiento por la tierra propia no compete únicamente a los personajes de la novela, sino también al propio autor. Manuel Caballero apuntó que la petroficción venezolana es una literatura que no provee una visión interna de la sociedad petrolera: “son novelas donde el petróleo es visto desde afuera (...) sus autores hacen un viaje a esa tierra extraña (...) que nada tiene que ver con la propia” (172). No obstante, Bracho Montiel demuestra la transformación material del territorio zuliano desde las entrañas. No solamente a partir de las historias narradas sino de la propia estructura de la novela.

En la solapa de *Guachimanes*, el autor revela que todo lo escrito “dentro de esta dolorosa penumbra de un calabozo de la llamada Cárcel del Obispo, en Caracas, quédose al fin siendo lo que es hoy—después de dieciocho años”. Y es que el título completo de la novela es *Guachimanes: doce aguafuertes para ilustrar la novela del petróleo*. Como explica Bracho Montiel en la misma solapa, el manuscrito fue en un principio una compilación de apuntes para organizar una novela en el futuro, aunque finalmente se publicara el texto como lo había dejado en 1936.

Aunque esta explicación justifique que *Guachimanes* tenga una estructura poco convencional, si tomamos la novela como finalmente se publicó, encontramos doce capítulos titulados *Doce Aguafuertes*.<sup>14</sup> Estos además de trazar una conexión interdisciplinaria con materiales plásticos y visuales, también dan título a una serie de crónicas que en algunos casos podrían ser leídas como textos independientes. Esta distinción se puede ver en el cambio de narrador, en la variación de perspectivas y en los diferentes hilos narrativos que se abren y se cierran dentro de un mismo capítulo.

En vez de leer esta novela buscando una cohesión narrativa horizontal, este artículo propone encontrar una estructura vertical en la manera en que se van desvelando geológicamente las distintas capas de un subsuelo textual. Como sugiere Rivera Garza, los sacrificios humanos y no-humanos detrás de la transformación del paisaje pueden encontrarse si hacemos una lectura geológica ("Finciar sobre tierra" párr. 4).<sup>15</sup> Es decir, una lectura que considera los efectos que tiene la geología en la forma en que se narran las historias y que cuestiona el impacto material de los cuerpos sobre el territorio.

La extrañeza de la que habla Caballero se percibe al inicio del libro porque, efectivamente, el narrador se enfrenta por primera vez al petróleo. Es menester recordar que durante los años que siguieron al gran reventón en Cabimas, la mayoría de los zulianos se volvieron extranjeros en sus propias tierras. Su país vegetal –como lo llamó Díaz Sánchez–<sup>16</sup> estaba siendo sustituido por uno mineral y poco entendían al respecto. De hecho, Arturo Úslar Prieti afirmó que después del

<sup>14</sup> El término *aguafuertes* fue popularizado por el escritor argentino Roberto Arlt en los años treinta con la publicación de los libros *Aguafuertes porteñas* (1933) y *Aguafuertes españolas* (1936). El estilo narrativo moderno de Arlt influyó a muchos escritores latinoamericanos en el siglo XX. Es posible que la escritura de crónicas sobre temas políticos y sociales, sobre la injusticia y la diferencias entre clases sociales, hayan influido a Bracho Montiel.

<sup>15</sup> El ensayo citado, publicado por la revista *Literal Latin American Voices*, está compilado en el libro *Escrituras geológicas* (Editorial Iberoamericana-Vervuert, 2022).

<sup>16</sup> En su libro *Paisaje histórico de la cultura venezolana*, Díaz Sánchez hace una distinción entre la Venezuela de antes y después del petróleo, refiriéndose al país agrario hasta principios del siglo XX como uno vegetal y al petrolero como uno mineral (109).

estallido del pozo *Los Barrosos N°2* pocos venezolanos entendían lo que el petróleo significaba en el mundo y poco se sabía sobre la naturaleza del subsuelo en el país<sup>17</sup>. Para ese entonces, el aporte de la agricultura en la conformación del producto interno bruto de Venezuela todavía era mayor al del petróleo.<sup>18</sup>

Las huellas borradas por el desarrollo de la industria petrolera son síntoma de lo que Villalobos-Ruminott llama “la época de la desaparición” que está marcada por la destrucción del propio rastro, por la desaparición del cadáver que procuraba dar testimonio (200). El personaje de *Guachimanes* se pregunta qué queda de ese “camino viejo” del paisaje rural si ya no hay vestigios que le permitan reconocer que alguna vez hubo un país antes del estallido industrial que trajo consigo la explotación petrolera.

Resulta significativo que más adelante el mismo personaje se encuentre con el cadáver de un obrero: “Siento la impresión de que aquellos ojos fueron hechos para no cerrarse jamás y que sus turbias pupilas reclaman algo. Tal vez una protesta. ¿La narración de aquello que he empezado a ver, por ventura?” (10). A partir de este momento aparecen tres elementos que nos permiten acercarnos a la novela desde un lente geológico: el cadáver, el petróleo y la labor de la escritura. El primero es el rastro desaparecido, el segundo es el agente que motivó los cambios del paisaje que desembocaron en esa desaparición y el tercero es la narración que intenta servir de registro.

En *Heterografías de la violencia*, Villalobos-Ruminott sugiere que servirnos de la calavera (el rastro) nos permite como lectores encontrar el secreto de la violencia y la injusticia. Es decir, aquello que nos lleva a detectar las dinámicas del suelo y los procesos de sedimentación que definen la historia del poder como parte de una economía territorial (199). De esta forma, la historia del

<sup>17</sup> Eran los terratenientes y las autoridades gubernamentales quienes sabían el rol decisivo que había tenido el petróleo durante la Primera Guerra Mundial. También era la élite la que experimentaba un impacto en su cotidianidad con el uso de automóviles de gasolina. Adicionalmente, Juan Vicente Gómez ya mantenía negocios petroleros ilícitos como fuente personal de ingresos y para beneficiar a familiares y funcionarios públicos de alto rango (Arráiz Lucca 105).

<sup>18</sup> Según el historiador Rafael Arráiz Lucca fue en 1927 que los aportes del petróleo en la conformación del PIB comenzaron a ser mayores que los de la agricultura.



capital ya no es solamente la historia del progreso de un país que ha entrado a la modernización gracias a la industria petrolera, sino también la historia del cadáver y de la muerte. Después de todo, en *Guachimanes* la calavera pertenece al obrero que es parte de la maquinaria oculta detrás del progreso industrial.

Bracho Montiel presta atención a la herida colectiva producida por esta industria y hace uso de la escritura para conectar a un pueblo desmembrado de vuelta a su pasado y a su territorio. El “reclamo” que parece hacerle el cadáver al narrador para que escriba su historia es el propio rastro pidiendo no ser borrado. El personaje, por su parte, responde: “comienzo a desentrañar lo que nunca habría podido alcanzar mi mano de no haberse metido en el subsuelo de mi tierra” (10). El gesto de introducir la mano viva –la mano obrera– en el suelo corresponde a la necesidad de enraizar al cuerpo de vuelta a ese territorio. La académica Elizabeth Barrios explica que las sociedades petroleras olvidan activamente el origen del crudo debido a que la industria petrolera promueve la desconexión de los enclaves de petróleo de sus alrededores y alienta la conexión con una red de extractivismo transnacional (35). Sin embargo, la escena anterior narrada por Bracho Montiel nos recuerda los procesos de trabajo de los grupos zulianos que a principio de siglo eran agricultores y después se volvieron obreros petroleros, trazando una conexión directa entre el suelo regional y los procesos de extracción de la industria petrolera.

El lenguaje narrativo que Díaz Sánchez emplea en *Mene* para acercarnos a la agencia del petróleo, lo encontramos también en *Guachimanes* a partir de la atención que el autor pone en los cuerpos tecnológicos. Desde esta perspectiva, podemos acercarnos a las dinámicas no antropocéntricas que también formaron parte de la transformación del paisaje zuliano. La condición natural de las agencias que continuamente afectan y son afectadas por otras, convierte a las máquinas petroleras en aquello que Jane Bennett llama “cuerpos sociales”, independientemente de su condición como objetos. Deleuze explica que “el poder de un cuerpo de afectar otros cuerpos incluye una correspondiente e inseparable capacidad de ser afectado. Son dos poderes igual de válidos: el poder de actuar y el poder de sufrir una acción” (citado en Bennett 21). Cuando Bracho Montiel

incorpora artefactos petroleros los enviste narrativamente de la capacidad de afectar a los entes humanos y no-humanos dentro del universo narrado.

En *Guachimanes* los balancines y las cabrias no son descritos como objetos que dependen de la mano humana para activarse, sino que por el contrario la afectan y además generan consecuencias en otros organismos: "El balancín *cabecea* su palanca y *chupa* petróleo [...] se *hacinan* los tubos de hierro que las grúas *trasladan* como a juguetes [...] las arcillas, los pedruscos y arenas que unidas al agua *salen* del taladro [...] aguas *amenazadas* siempre por el escape aceitoso" (10-11). Esta interacción entre cuerpos y fuerzas nos permite entender a los personajes humanos como actores que dependen de la interferencia y cooperación de los agentes no-humanos para el funcionamiento del mundo petrolero.

En otras ocasiones, el obrero es desplazado por la tecnología industrial: "Al pie de cada cabria hace su incesante movimiento de báscula el balancín, sin que ningún obrero vigile el automatismo de aquel constante succionador del subsuelo" (11). En la medida en que la máquina sustituye la mano de obra, el paisaje sufre una transformación material y la vegetación pasa a ser artificial: "nacieron tallos de acero a cuyo ramaje llamaron cabria [...] siembras de taladros [...] cráter de hierro de aquel volcán enano, cuya erupción estremeció edificios hasta en Wall Street" (11-52). Estas escenas también enfatizan aquello que Rivera Garza caracteriza como una escritura geológica, porque "los dramas de la tierra no [están] limitados a la especie humana" (*Escrituras geológicas* 32). En la novela *Bracho Montiel* describe un territorio rural que transmuta materialmente hasta convertirse en un violento "horizonte enrejado por las cabrias" (52).

También hay escenas donde los obreros no solo se ven desplazados por la maquinaria, sino que se ven subordinados al poder de los cuerpos tecnológicos. El obrero observa los balancines "que chupan el zumo negro del suelo que le arrebataron" (52) y "suda casi olvidando el peligro que amenaza la boca de aquella tubería" (11). La relación que traza el autor entre el petróleo y la muerte humana, cuando al inicio del libro aparece el cadáver del obrero, se repite en los siguientes capítulos o aguafuertes: "Uno menos", "Paisaje negro y bermejo" y "Tres hombres



y un ataúd". Estos evidencian la sumisión de estos personajes frente a los "succionadores incommovibles" (23) que pueblan el territorio.

El espacio narrativo que ocupa la transformación material del paisaje en *Guachimanes* contrasta con otras petronovelas venezolanas publicadas en la misma época. *Casandra* (1957) de Ramón Díaz Sánchez es la continuación de *Mene*, donde José Ubert regresa a Cabimas en busca de su padre Joseíto Ubert. En esta novela también se narra una transformación originada por la industria petrolera, pero los cambios no están en el paisaje sino en la sociedad zuliana. Son los personajes humanos y las dinámicas sociales engranadas dentro del campo petrolero los que encuerpan el inicio de una nación que comienza a sumergirse en la cultura del petróleo.

En *Casandra* los obreros que trabajan con el subsuelo están "muertos" y solo aquellos campesinos que trabajan el suelo tienen vida. Esta dicotomía es anunciada por Casandra, a quien tildan de borracha y loca, después de que pierde la cordura por la muerte de su marido en la explosión de una plataforma petrolera. Ella deambula por el pueblo como una profeta repitiendo que la "lluvia negra"<sup>19</sup> los mata a todos: "Son muertos que se mueven y que caminan, pero que están muertos (...) Mira, esas casas son sepulturas. Adentro están los cadáveres. ¿Sabes lo que es un cadáver?" (37-41). Al igual que en *Guachimanes*, aquí se traza la relación entre la muerte y el petróleo mediante la imagen del cadáver de un obrero. Sin embargo, a partir del trauma, Casandra representa el umbral entre el país vegetal y el mineral, como un fantasma que ni vive ni termina de desaparecer de la tierra. Su presencia incomoda y perturba a todos los habitantes del campo petrolero, excepto al protagonista José Ubert, quien revela ver en ella "un símbolo" (Díaz Sánchez 183): la Venezuela agricultora que fue absorbida por el petróleo.

---

<sup>19</sup> "Lluvia negra" fue el nombre con el que se apodó popularmente la explosión de crudo que ocurrió en Cabimas el 16 de diciembre de 1922. A partir de este día, Venezuela comenzó a estar en el mapa internacional del mundo petrolero.

La relación entre el petróleo y la muerte es una característica común en las petronovelas venezolanas. *Oficina N°1* (1961) de Miguel Otero Silva, también inicia con una explosión en un campo petrolero del oriente del país, donde dos trabajadores vuelan en pedazos, uno margariteño y uno estadounidense: "La gente se arremolinaba alrededor del vehículo tumbado (...) ninguno deseaba ir en busca de los horribles pedazos dispersos de los dos cadáveres" (9). Sin embargo, vale la pena resaltar que tanto *Mene* como *Guachimanes* son narrativas que exploran estos temas desde lugares no antropocéntricos. En el primer caso, la agencia del petróleo puede ser leída como el motor que genera y controla los cambios de la sociedad petrolera. En segundo caso, estos cambios son representados mediante la transformación material de un paisaje herido cuyos rastros rurales están por desaparecer.

### Otros subsuelos de la petroficción

Releer en el siglo XXI novelas publicadas en la primera mitad del siglo XX permite reinterpretar estas narrativas dentro de nuevos contextos. Si utilizamos conceptos y corrientes teóricas contemporáneas como nuevos enfoques evitamos que estos libros se fosilicen. Es decir, que se petrifiquen dentro de una única lectura crítica. Y que, por lo tanto, sean descartadas por obsoletas.

*Mene* y *Guachimanes*, al igual que otras novelas venezolanas que giran en torno al petróleo como *Cassandra* y *Oficina N°1*, son narrativas poco leídas en la actualidad. Mi intención con este artículo es sacudir el suelo sedimentado donde estas narrativas se han visto estancadas. Lejos de leerlas bajo una lógica extractivista, en la que succionamos del texto aquello que nos enseñan como zumo valioso y descartamos otras posibilidades, mi intención es introducir al lector a la escritura geológica como una nueva manera de contextualizar la literatura nacional y abrirla a una conversación universal.

Tanto la "escritura geológica" como la "petroficción" son conceptos muy recientes, todavía cambiantes y debatidos dentro de la academia. Aunque estas novelas no hayan sido escritas con la intención de ser suscritas bajo estos términos,

ahora tenemos la posibilidad de utilizar estos aportes literarios y teóricos a su favor. Díaz Sánchez y Bracho Montiel registraron un momento histórico en el que Venezuela dejó de ser un país agrícola y se volvió petrodependiente en su economía. Si bien los cambios generados por este hidrocarburo fueron un tema regional para ambos escritores, actualmente somos conscientes de que vivimos en un mundo que depende de las energías generadas por combustibles fósiles. Los objetos derivados del petróleo median diariamente nuestras relaciones como humanos, con otros humanos y otras agencias: "todos los días vivimos en petróleo, lo respiramos y lo registramos con nuestros sentidos" (LeMenager 6).

Como lectores venezolanos estamos acostumbrados a que el petróleo sea omnipresente en nuestra literatura: no lo vemos, pero creemos que está ahí. La falta de una representación más evidente en la literatura nacional ha sido motivo de discusión entre académicos e intelectuales. Miguel Ángel Campos muestra su preocupación en *Las novedades del petróleo* (1994) al describir la fatiga y pereza que han mostrado los escritores de oficio en Venezuela por hacer una saga del hidrocarburo. Nelly Arenas reiteró el mismo argumento en *Las visiones del petróleo* (1999) al apuntar que no existe una poética del oro negro nacional (Rojas Saavedra 133-136).

Una pregunta similar se hizo Amitav Ghosh en 1992 cuando escribió el ensayo crítico: "Petroficción: el encuentro petrolero y la novela", donde cuestiona la falta de representación literaria del hidrocarburo en novelas estadounidenses y árabes. Lo que parecía de nuevo una preocupación regional para los venezolanos, es en realidad un debate internacional que abre nuevos espacios para que nuestra literatura dialogue con la de otros países petroleros. Ghosh señaló que el petróleo "decidió perversamente" ser descubierto en los sitios del Medio Oriente más marginados en el desarrollo de la cultura y la literatura árabe. Ocurre el caso contrario en Venezuela, ya que los seremistas Díaz Sánchez y Bracho Montiel pertenecieron a los grupos intelectuales y políticos de los años veinte y treinta, del territorio petrolero zuliano que narran.

Con este artículo invito a que estos autores sean reconsiderados por iniciar una estética materialista del petróleo en nuestra literatura. Es decir, por hacer uso del lenguaje narrativo de tal manera que en *Mene* y *Guachimanes* podamos sentir y percibir el petróleo. Aproximarnos a estas novelas desde la escritura geológica nos ayuda a reconocer el esfuerzo de sus autores por nombrar el petróleo, describirlo materialmente, resaltar su agencia y además demostrar los sacrificios humanos y no-humanos que se interconectan con su descubrimiento y explotación en el suelo venezolano. Espero que también motive a los escritores contemporáneos a un nuevo acercamiento hacia el petróleo en sus propias narrativas.

### Bibliografía

- Araujo, Orlando. *Narrativa venezolana contemporánea*. Caracas: Editorial Tiempo Nuevo, 1972.
- Arráiz Lucca, Rafael. *El petróleo en Venezuela. Una historia global*. Caracas: Editorial Alfa, 2016.
- Barrios, Elizabeth. "The Times and Surfaces of Venezuelan Oil Literature: A Reading of *Oficina no. 1* and *Guachimanes*". *Arizona journal of Hispanic cultural studies*, 2019, pp. 33-52.
- Bennett, Jane. *Vibrant Matter. A political ecology of things*. London: Duke University Press, 2010.
- Bracho Montiel, Gabriel. *Guachimanes*. Santiago: Editorial Seremos, 1954.
- Carrera Damas, Gustavo L. *La novela del petróleo*. Mérida: Publicaciones del Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes, 2005.
- Caballero, Manuel. *El desorden de los refugiados*. Caracas: Alfadil Ediciones, 2004.
- Dávila, Luis Ricardo. "Modernidad, nación y petróleo en Venezuela". *Revista BCV*, 2000, Vol. 14, N°2, pp.107-130.
- \_\_\_\_\_. "El Imaginario Petrolero (Petróleo e Identidades Nacionales En Venezuela)". *Petróleo nuestro y ajeno (La ilusión de modernidad)*. Compiladores Martín Fechilla, J. y Yolanda Arnal. Caracas: U.C.V, 2005, pp. 361-398.
- Di Prisco, Rafael. *Acerca de los orígenes de la novela venezolana*. Caracas: Dirección de Cultura Universidad Central de Venezuela, 1969.
- Díaz Sánchez, Ramón. *Mene*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1973.
- \_\_\_\_\_. *Cassandra*. Caracas: Ediciones Hortus, 1957.
- \_\_\_\_\_. *Paisaje histórico de la cultura venezolana*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1965.



- Ghosh, Amitav. "Petrofiction: The oil Encounter and the novel". *The New Republic*, 02 Mar. 1992, pp. 29-34.
- Navarro, Armando. *Narradores venezolanos de la nueva generación*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1970.
- LeMenager, Stephanie. *Living oil: Petroleum culture in the American country*. New York: Oxford University Press, 2014
- Persico, Alan. "Ramon Diaz Sanchez: Primitive Or Creator?". *Afro-Hispanic Review*, 1986, pp.1-50.
- Piglia, Ricardo. *La forma inicial. Conversaciones en Princeton*. Ciudad de México: Editorial Sexto Piso, 2015.
- Requena, Isidoro. *La memoria desmitificadora (La novela venezolana durante el Perejimenismo)*. Mérida: Textos de la Universidad de Los Andes, 1992.
- Riddle, Amy. "Petrofiction and Political Economy in the age of late fossil capital". *Mediations*, Vol. 31, Nº2. Web. 10 dic. 2020  
<<https://mediationsjournal.org/articles/petrofiction>>
- Rivera Garza, Cristina. *Escrituras geológicas*. España: Editorial Iberoamericana-Vervuert, 2022. (Inédito).
- \_\_\_\_\_. *Los muertos indóciles. Necroescrituras y desapropiación*. Ciudad de México: Pinguin Random House Grupo Editorial, 2019.
- \_\_\_\_\_. "Fincar sobre tierra firme. La escritura geológica de Gerardo Arana". *Literal Latin American Voices*. Web. 20 sep. 2020  
<<https://literalmagazine.com/fincar-sobre-tierra-firme-la-escritura-geologica-de-gerardo-arana/>>
- Rojas Saavedra, José A. "El motivo del petróleo en la novela venezolana". *Revista Cambios y Permanencias*, Jul-Dic, 2017, pp. 124-179.
- Semprún Parra, Jesús A, y Luis G Hernández. *Diccionario General del Zulia*. Maracaibo: Sultana del Lago Editores, 2018.
- Úslar Pietri, Arturo. "El petróleo en Venezuela. Discurso de Incorporación a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales". Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Web. 17 nov. 2020 <[http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/nuevo-mundo-mundo-nuevo--0/html/ff6f6ef8-82b1-11df-acc7-002185ce6064\\_8.html#I\\_35\\_>](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/nuevo-mundo-mundo-nuevo--0/html/ff6f6ef8-82b1-11df-acc7-002185ce6064_8.html#I_35_>)
- Villalobos-Ruminott, Sergio. "Las edades del cadáver: dictadura, guerra, desaparición (Postulados para una geología general)". *Heterografías de la violencia. Historia Nihilismo Destrucción*. Argentina: Ediciones Cebra, 2016.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This site is published by the [University Library System](#), [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#) and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).